





MATEO... ¡QUE NO TE VEO!

Enrique Carlos Martín





© Ediciones DIQUESÍ

© del autor: Enrique Carlos Martín

Ilustraciones: Enrique Carlos Martín

Marco de ilustración de cubierta: Freepik.es

Edición: María J. Gómez

Diseño: Estelle Talavera

novedad@edicionesdiquesi.com

www.edicionesdiquesi.com

ISBN: 978-84-121529-7-5

Depósito Legal: M-2159-2022

© Todos los derechos reservados

1ª Edición: Madrid 2022

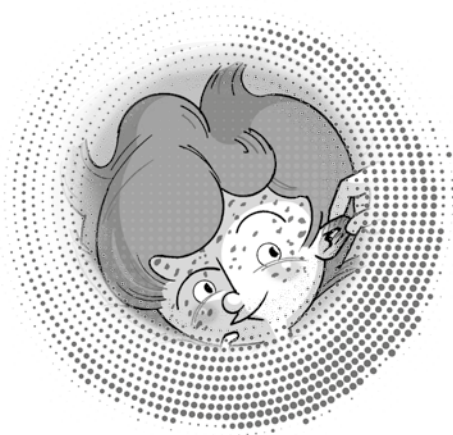
Impreso en España por Estiló Estugraf S.L.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin permiso previo del editor.

*A mi hermana Lola y mi hermano Paco, que siempre me han
demostrado que el amor hace mejor al mundo.*



I
MATEO



Doña Filo escuchó un ruido. Lo había oído claramente. Un golpe agudo y seco, seguido del rodar de algo. Como una canica.

Había venido de los probadores. Se quedó quieta mirando hacia allí, esperando oír algo más.

Doña Filo estaba ordenando su tienda de ropa («Modas Fenomenales Filomena») al final de la jornada, después de que un montón de clientas indecisas se lo dejaran todo empantanado. Pero ya hacía un buen rato que no había entrado nadie. Estaba sola.

O eso pensaba.

—¿Señora?... ¿Señora? —preguntó.

No recibió respuesta alguna. Un poco inquieta, soltó las blusas que estaba colgando en los percheros sobre el montón de ropa que tenía aún por ordenar y se acercó despacio a los probadores.

—¿Oiga? ¿Oiga? ¿Queda alguien?

Se detuvo justo en la entrada y, estirando el cuello todo lo que pudo, se asomó por la puerta de los probadores. Una de las cortinas estaba echada. Miró el hueco de un palmo que dejaba la cortina hasta el suelo. Había una canica. Junto a ella asomaban las puntas de unas botas de tacón alto.

Doña Filo se llevó las manos al cuello de la rebeca y se tapó hasta la barbilla, como si así pudiera protegerse de algo más que del frío.

—¿Se... Señora? —dijo más fuerte.

No sabía qué pensar. Tuvo el impulso de salir a pedir ayuda a Matías, el frutero, pero ya tenía fama de miedica y seguro que haría chistes a su costa durante dos semanas. Tragando una bola de saliva, acercó su mano despacio a la cortina.

—Señora, voy a abrir, ¿eh? —avisó, más que nada para darse valor.

Descorrió la cortina de golpe aguantando la respiración.

Soltó el aire. Solo estaban las botas.

Sonrió aliviada. Al momento, su alivio se convirtió en enfado. Mientras recogía las botas, pensaba en lo poco que mira la gente por los demás.

«¿Qué le costaba volver a ponerlo en su sitio después de probárselo?», se preguntaba, aumentando su mosqueo.

Salió del probador revisando el calzado y levantó la vista. Se encontró de golpe a centímetros de una cara pálida, con una mirada vacía.

—¡Ayyyyyyy! —soltó, dando un brinco hacia atrás y lanzando las botas a la aparición.

Con el corazón retumbando en el pecho, miró a la figura que le había cortado el paso. Era uno de sus maniqués. Estaba plantado en el acceso del probador.

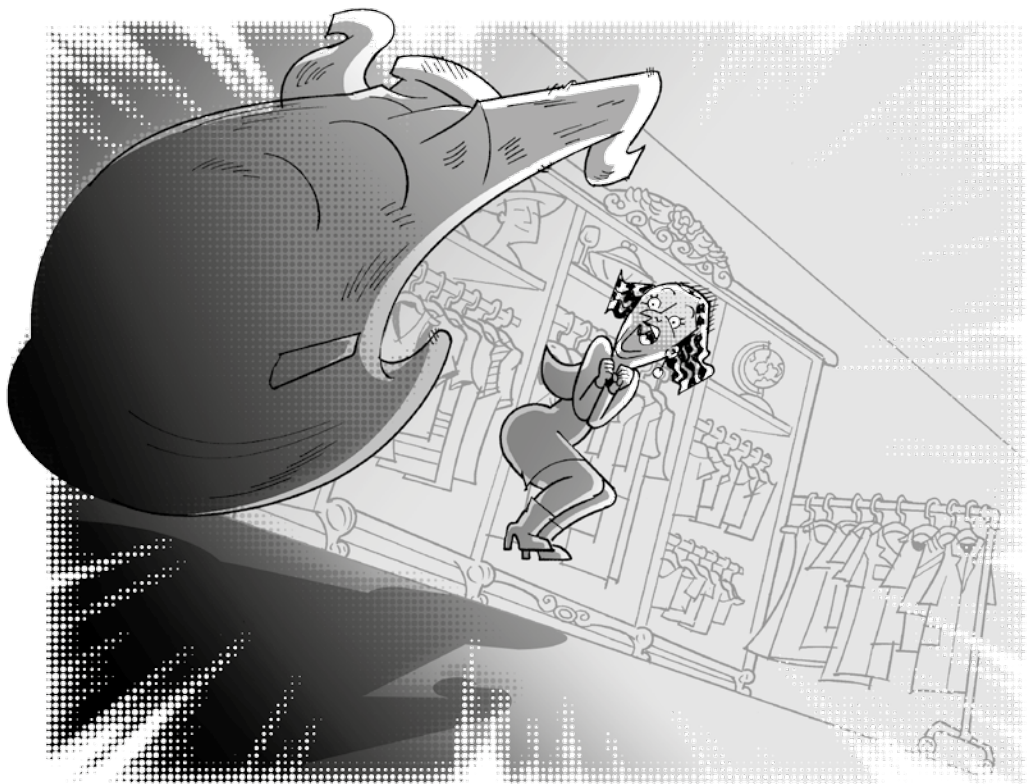
Justo por donde ella acababa de entrar.

—¿Pero qué...?

Algo cortó la queja de golpe: un fuerte rugido a su izquierda.

Se giró aterrada cuando vio por el rabillo del ojo cómo se acercaba rápidamente una sombra. Era uno de sus abrigos marrones de pelo, con las mangas en alto, amenazante.

—¡Grrooooooooo! —vociferó el abrigo.



Antes de que le alcanzara aquella pesadilla, doña Filo se agarró el pecho tratando de parar su desbocado corazón. El tremendo susto se convirtió en un enfado igual de tremendo, cuando vio lo que asomaba por el cuello del abrigo: un alborotado cabello pelirrojo.

El pelo de alguien que conocía perfectamente.

—¡¡Mateooooo!! ¡Que te veoooo! —chilló doña Filo con voz aguda y la cara encendida.

—¡Ja, ja, ja, ja, jaaaaaa! —se carcajeó el abrigo.

Tras el cabello pelirrojo emergió la cara blanca, redonda y llena de pecas de Mateo, que no podía parar de reír.

Cuanto más se enfadaba doña Filo, más se carcajeaba Mateo.



Diez minutos más tarde, el niño emitía otra clase de sonidos.

—¡Au! ¡Au! ¡Au!

Apretaba los dientes para aguantar el dolor. Doña Filo lo tenía sujeto por una oreja, que ya lucía roja brillante, mientras llamaba al timbre. Había cerrado la tienda tras el susto, dispuesta a que Mateo no escapara impune de su travesura, y en ese momento se encontraban frente a la puerta del piso del niño.

Aunque doña Filo tuviese su tienda justo al lado del portal del bloque donde Mateo vivía con su madre, no le había sido fácil llegar, por dos cuestiones:

Una, porque Mateo trataba de escabullirse en cada momento, por eso lo llevaba de la oreja.

Y dos, porque al entrar en el ascensor Mateo había pulsado todos los botones, sin que doña Filo lo pudiese evitar. Mateo vivía en un sexto piso. Habían ido parando planta por planta.

Flora, la madre de Mateo, abrió por fin la puerta y doña Filo tomó aire para soltar todo lo que tenía que decir. Justo en ese momento, se abrió la puerta de enfrente. La vecina de Mateo salió en pijama y bata al descansillo, con cara de pocos amigos.

—¡Hombre, a ti te quería yo ver, Mateo! ¡Y a tu madre! ¡Para contarle tu última ocurrencia! ¡Que no te creas que no te he visto!



—¡Doña Patro, que estaba yo antes! —protestó doña Filo.

—¡Pero es que lo mío tiene miga! —se defendió la vecina— ¡Mi Nerón está muy raro desde que Mateo ayer lo pintó de verde!

Un yorkshire terrier pequeñito asomó tras la bata de su dueña, cabizbajo. Aún tenía rastros de pintura. Especialmente en los pelos de las orejas, que parecían briznas de hierba.

—¡Pues yo, es que...! ¡Vamos! ¡Traigo el corazón en la boca del susto que me he llevado! —discutió la dueña de la tienda de ropa, que agarraba su garganta con la mano libre, como para evitar que el corazón se le saliera.

Se armó un barullo de mil demonios. Ambas víctimas de las bromas de Mateo trataban de rivalizar en desgracia, alzando la voz cada vez más. Flora, la madre de Mateo, intentaba que se calmaran. Las voces rebotaban y se ampliaban con el eco de la escalera, oyéndose el jaleo en todo el bloque.

Los vecinos, alertados, se acercaron rápidamente al imaginar que debía de tratarse de otra jugarreta de Mateo. Al poco se había arremolinado una decena de personas en la puerta de Flora para participar en la disputa, denunciando nuevas o viejas trastadas.

Mateo seguía retenido por la oreja, ya amoratada, con una idea iluminando su mente. La bata abierta que llevaba doña Patro tenía un largo cinturón colgando, al igual que la gabardina de doña Filo. Todos estaban tan enzarzados en la discusión que no se dieron cuenta. Mateo, con gran destreza, logró atrapar la punta de cada cinturón y atarlas entre sí.

En medio del barullo se alzó una voz clara.

—¡Huele a quemado! —exclamó Mateo.

Casi todos hicieron ademán de dirigirse a sus domicilios de forma brusca.

Doña Patro se giró hacia el interior de su piso y el cinturón se tensó con fuerza. Doña Filo se sintió arrastrada y, con un gritito, soltó la oreja de Mateo. Trastabilló un momento, se enredó en sus propios pies y empujó a un vecino bajito y barrigón que cayó sobre su trasero. Dicho trasero aterrizó sobre el pobre yorkshire terrier, que ladró histérico de dolor y miedo, y mordió el tobillo más cercano. El tobillo resultó ser de otro vecino, más delgaducho y con cara de caballo, que reaccionó al pinchazo de los finos colmillos dando un salto hacia un lado, derribando a doña Patro, que no había logrado llegar hasta su puerta, sujeta como estaba por el cinturón anudado al de doña Filo y la correa de

su perro. Dos vecinas más cayeron; una por encontrarse justo en la trayectoria de la carambola y la otra por tener tan poco equilibrio que era raro que aún estuviese de pie.

En tres segundos había cambiado la escena totalmente. La madre de Mateo trataba de ayudar a sus vecinos, enredados y espatarrados por el suelo, que intentaban no ser mordidos por el pequeño yorkshire terrier, convertido en una fiera corrupta desquiciada.

—¡Ja, ja, ja! ¡Hip! ¡Hip! ¡Ja, ja! ¡Hip! ¡Ja, ja, jaaaa! ¡Hip!

Cuando Mateo se emocionaba le entraba un hipo incontrolable, aunque en esta ocasión apenas le molestó para partirse de la risa a gusto.



II FLORA



Por fin Flora, la madre de Mateo, cerró la puerta tras de sí.

Soltó el aire de golpe, aliviada de poder volver al refugio del hogar. Fuera se oían las últimas voces de protesta de los vecinos, que volvían a sus pisos renqueando, doloridos. Dentro de la casa, un correteo seguido de portazos y golpes. Flora sabía muy bien lo que significaba.

Mateo se había escondido.

—¡Mateo! ¡Sal ahora mismo de donde estés! —gritó, mientras buscaba por la casa—. ¡Esto ya no puede seguir así!